

2

Los que creen que saben no lo saben por completo

La gente de *El Latino de Hoy*, el periódico en español más leído, había oído contar la historia, pero el director no sabía qué había de cierto en toda ella. Los diarios en inglés de San Francisco y Portland habían hecho mucho ruido con la historia del mexicano que se perdió en el mapa de Estados Unidos buscando a su hija, y no estaba bien que *El Latino de Hoy* ignorara esa información. Por eso me pidieron que escribiera lo que los periodistas llaman una “nota humana” sobre Dante Celestino. Cuando pregunté por el espacio que me darían, me ofrecieron todo el que quisiera, e insinuaron que tal vez sacarían un especial dedicado totalmente al asunto.

Llegué a Mount Angel, el pueblo de Dante, por la tarde y, de inmediato, me dirigí al restaurante-lounge-taberna Los Buenos Amigos donde me habían dicho que me darían alguna información sobre este tema.

— ¿Usted dirá?

— Nada. Pasé por aquí y andaba buscando...

— ¡Usted dirá! —repitió la voz autoritaria del dueño a quien, evidentemente, no le gusté nada. Mi equipo fotográfico era demasiado ostentoso.

— Usted sabe que aquí no se puede tomar fotos.

— No he venido para eso.

— ¿Entonces?

No supe qué responderle porque no me daba tiempo para explicarle los datos que andaba buscando.

— ¿Entonces?

Miré hacia todos los costados de la taberna para buscar la puerta, pero todo estaba muy oscuro.

— ¿Entonces? —repitió la voz autoritaria. Vi el letrero de “Exit” y comencé a dirigirme hacia él, pero una voz amable resonó detrás de mí.

— ¿Mezcal?

— ¿Mezcal?

— Sí, mezcal para los dos. Usted va a pagarlo, ¿no es cierto?

Me lo preguntó un hombre que parecía haber estado sentado toda la vida en la banca más oscura de Los Buenos Amigos. Le respondí que sí, aunque nunca había bebido mezcal. El cantinero volvió con dos vasos colmados de la bebida, y luego desapareció.

— ¿Me va a hablar sobre Dante?

— No, sobre Virgilio.

Ya me había enterado de que el asno se llamaba Virgilio, y la verdad es que eso me parecía irrelevante. Se lo dije.

— Le digo que voy a hablarle sobre Virgilio —insistió, y yo estaba por marcharme dejándolo allí con los dos vasos cuando escuché la lluvia y los truenos en la calle. En la penumbra de la cantina, no le veía el rostro; tan solo percibía un poncho que usaba a manera de chalina cruzándole la boca. Por eso, no recuerdo bien sus palabras aunque intento reproducirlas.

— Unos dicen que entró a los Estados Unidos por la playa, otros aseguran que por los cerros, como la mayoría de nosotros, y otros más lo quieren ver volando. Lo ven flotar sobre breves colinas de Tijuana. Lo ven esquivar los puestos de radar y tramontar las luces infrarrojas. Lo ven elevarse, ingrátido, por encima de los helicópteros de los gringos. Y lo sienten por fin posarse en tierra a la

entrada de San Diego como se posan los ángeles, y es tan leve y aéreo que cuando trota va como afirmándose en el suelo, como si se amarrara a la tierra, como si temiera que se lo llevara el viento.

— Alguien dice que los Espino lo hicieron pasar la línea. Eso ocurrió durante una tormenta de arena un día en que sopló tanto viento que varios cerros mexicanos pasaron la frontera sin exhibir papeles y una fugitiva pareja de novios se perdió sin amparo en los cielos abundantes de California. Pero eso no puede ser cierto porque ni siquiera Dios puede esconder las orejas de Virgilio cuando éste se pone nervioso, o terco como una mula, o burro como un burro, y avanza en medio de una tormenta a los Estados Unidos, invisible, transparente, incorpóreo, silencioso, filosófico, pero burro como siempre, y delante de él van sus orejas suaves, peludas y enormes de burro fugitivo.

— O tal vez pasaron durante una noche de eclipse. La luna debe haber estado rebotando de un lado al otro en el cielo hasta meterse dentro de un agujero rojizo, y allí fue cuando ellos aprovecharon para entrar. Los gringos de la aduana tenían los bigotes dorados por el eclipse, y también el pelo, las cejas y las pestañas, y por todo eso, si vieron pasar las orejas de Virgilio, las vieron bermejas y doradas, y deben haberlas tomado por mariposas.

— Bueno, nada de esto es importante. Lo importante es saber cómo fue que a los Espino se les ocurrió entrar a este país cargando con un burro cuando todos sabemos cuánto pesan el miedo y la pobreza que traemos del otro lado. La verdad es que todos hubiéramos querido traernos el burro, la casa, el reloj público, la cantina y los amigos, pero venir a este país es como morir, y hay que traer solamente lo que se tiene puesto, además de las esperanzas y las penas.

— Sí. Eso —lo interrumpo, bruscamente interesado en el burro—. ¿Por qué lo trajeron?

— Quizás era lo único que tenían, además del niño Manuel, que debe haber estado de cinco años y no ha de haber querido desprenderse del asno. Acaso sentían que sin un animal, la familia humana no es buena ni completa, como lo dice Dios en la *Biblia* cuando habla de Noé que venteó la tormenta llevándose, además de su mujer y sus hijas, pavos, patos, marranitos, carneros, sueños, un tigre, un león, una mariposa y un elefante que había en el pueblo. Sea como sea, en este recuerdo siempre hay una tarde amarilla e incandescente, y las siluetas de un hombre, una mujer, un niño y Virgilio, a punto de entrar en los Estados Unidos.

— Dios les dio a los Espino la casa más grande de la comarca. Se la encontraron allí, junto al río Willamette, por el lado donde descansan cada año los gansos salvajes, y era una casa tan vieja y tan vacía que parecía haber sido abandonada desde los días del Diluvio Universal, y la tomaron porque un abogado defensor de inmigrantes les dijo que en Oregon es legal tomar posesión de las casas abandonadas. En ella, Mario José y María del Pilar ocuparon el cuarto que da a la ventana del oeste, y al niño le dieron la del oriente. Virgilio pasaba las horas de sol comiendo grama, durmiendo, filosofando y jugando con Manuelito en un cuarto anexo a la residencia que estaba repleto de almanaques y libros acerca de la crianza de pollos. Allí no irían a buscarlo ni la migra ni las autoridades municipales porque nunca, ni siquiera en tierra de gringos, se ha hablado de burros bibliotecarios.

— La buena suerte les llegó en el momento en que al niño Manuel ya se le estaba pasando la edad de aprender las primeras letras, o sea que se salvó de ser analfabeto como ha estado ocurriendo con los niños que nacen en California y para su mala suerte, son hijos de mojados.

— La escuela le gustó tanto a Manuelito que desde el primer día volvió a casa dispuesto a enseñar a leer a Virgilio. No es raro porque las niñas dan de comer a sus muñecas, aunque sí resulta peligroso que los animales aprendan. El caso tampoco es extraño si se tiene en cuenta que los burros no pueden escribir porque no tienen manos, ni tampoco hablar porque rebuznan, aunque no hay ley que les impida leer.

— ¿Me está diciendo usted que el burro sabe leer?

— Aquí nadie está diciendo nada —contesta el hombre mientras pide otros dos mezcales.

— Uno, solamente. No creo que yo pueda tomar —corregí, pero era como si mi voz no estuviera allí porque ya estaba el cantinero junto a nosotros sirviéndonos los mezcales y un envuelto con tortillas.

— Además, aquí nadie está proclamando que el burro realmente aprendiera, pero eso es lo que Manuelito decía, y sus padres fingían creerlo. Por eso, todos los días al volver a casa, el niño se metía en el cuarto de Virgilio, abría el libro en la lección que le había enseñado la maestra e iba componiendo palabras, frases y obsesiones, y repetía que esta palabra significa “elefante” y no la vas a olvidar porque la *efe* es una letra alta y jorobada, ni más ni menos que los elefantes en la selva y en la tarde, y la que sigue es “mundo” porque la letra *o* es profunda y alegrona, y esta palabra es “nubes” por oscura y porque parece que siempre se estuviera yendo, y no vas a olvidar la palabra “mar” porque la *eme* se parece a las olas que vienen y van.

— Virgilio miraba el libro que el niño había dejado junto al pienso, y no podía creer que las palabras hablaran y quisieran hablar con él para contarle que los barcos descendían por el norte y el sur, y ascendían por el oeste y el oriente. No lo pudo creer hasta que encontró la palabra “casa” y, sin que estuviera su maestro, la identificó con la casa de los Espino, tan bien puestecita y arreglada por la señora Espino. Luego la palabra “niño” le era idéntica a Manuelito, y por fin olisqueó las palabras “adiós”, “cerros” y “fronteras” y se le ocurrió que debían estar junto con otras como “origen”, “tierra”, “pesar”, “nostalgia” y “amor”.

— Una ilustración le mostraba el verde manjar que recibía cada mañana y que volvía a saborear en la pradera después de jugar con Manuelito. “Pasto”, “pastura”, “hierba”, “forraje” eran palabras que variaban del verde al amarillo, pero nunca dejaban de ser deliciosas, y fundamentales. “Pienso” es la palabra más agradable del idioma, tal vez se dijo Virgilio y agrandó los ojos, sus enormes orejas se erizaron y pudo formular su primera frase completa: “Pienso... pienso... luego existo”.

Mientras hablaba, el hombre se bebió su vaso de mezcal y también el mío, lo cual le agradecí en silencio. Después se quedó callado en el momento justo en que cesó la lluvia. Me levanté, pagué la cuenta y me encaminé hacia la puerta. De pronto, advertí que no me había despedido y volví, pero el hombre ya no estaba en la mesa. Me dirigí al cantinero.

— Me gustaría saber cómo se llama el hombre que me estuvo dando datos para algo que estoy escribiendo.

— ¿Está usted seguro de que estuvo conversando con un hombre?

Y cuando insistí, regresó su voz autoritaria ordenándome que consumiera o que me fuera.

— ¿Usted dirá?

O O O

El hombre del bar fue la primera persona que Dante Celestino vio cuando salió a averiguar el paradero de su hija. Le preguntó si conocía al tipo que se la había llevado, pero sólo se encontró con historias de burros.

Por supuesto, lo primero que haría cuando fuera a la estación de policía, sería entregar a Virgilio y denunciar la desaparición de Emmita. Pero primero tenía que hacer algunas averiguaciones.

El sábado y el domingo no le bastaron para indagar por su hija ni para recibir exhortaciones a la resignación y a la espera. Algunos vecinos rehuyeron la conversación para no comprometerse demasiado. Lo peor ocurrió en la casa de Marisol Rodríguez, la madrina del ballet, que estaba reunida en el salón comunitario con varias señoras. Ante ella, no pudo contenerse y proclamó que iría hasta el fin del mundo a buscar a su hija.

— Lo entiendo, Dante, pero recuerde que estamos en los Estados Unidos... Aquí tiene que entenderse con las autoridades, y la verdad es que aquí no se considera tan terrible que una chica se vaya con su *boyfriend*.

— La buscaré hasta encontrarla —respondió el hombre, y lo dijo con vehemencia. Ninguna de las señoras pudo reconocer en él al vecino tímido que nunca se impacientaba.

Cuando repitió que seguiría buscando a su hija, las señoras lo miraron asustadas como si de pronto le hubieran brotado alas y largas plumas azules.

— Entienda, Dante —le dijo Aguirre, el hombre que ocupaba la casa inmediata a la suya—. Usted es tan ilegal como yo. ¡Qué ganaríamos con hacer escándalo por algo que es natural en este país! ¡Qué ganaría yo con acompañarlo a la estación de policía! ¿Y si nos piden nuestros documentos?

Quiso llamar a doña Rosina Rivero Ayllón, la madrina de Emmita, pero hacía un mes se había mudado a California. Los dos padres Pichón se habían ido al pueblo donde oficiaban. El sacerdote católico mexicano no estaba en Mount Angel. Buscó a Juan Pablo Medina, pastor de una iglesia evangelista, y el caballero le pidió que tomara asiento mientras él buscaba en la *Biblia* la cita que correspondía a la visita. Dante pensaba que estaba perdiendo tiempo y que su hija tal vez ya estaba cruzando la frontera del estado, pero como hombre tímido y cortés que era, tuvo que esperar a que el pastor terminara de leerle una larga cita del libro de Job.

— La verdad es que quería pedirle que averigüe entre sus feligreses. A lo mejor, alguien sabe algo.

Pero el pastor, sin escucharlo, comenzó a buscar otra cita, y Dante tuvo que continuar en el sillón, zapateando con timidez el piso, sin entender que el pastor también le estaba recetando prudencia y aceptación de su destino.

Para denunciar los hechos ante la policía tenía que esperar a que fuera lunes para ir a la capital del estado. Se le había ocurrido que los patrulleros interrumpirían los caminos y pedirían a los choferes de camiones, autos y motocicletas que dieran razón de una joven mexicana llamada Emmita. Lo que no se le ocurría aún era qué responder si le pedían el nombre del raptor.

— ¿Me está escuchando, Dante? ¿Me está escuchando? —repitió el pastor Medina, sentado contra la ventana, pero ya se había terminado el sábado y en vez de mirarlo, Dante miraba detrás de él la noche interminable.

El domingo muy temprano, Dante recorrió ocho kilómetros hasta el vecino pueblo de Woodburn donde atendían Josefino y Mariana, una pareja de astrólogos que por unos cuantos dólares hacían de adivinos y de consejeros espirituales para los hispanos de todo el valle. Los conocía desde hacía mucho tiempo, y los había frecuentado en el tiempo en que Beatriz enfermara.

— Otra vez por aquí, amigo Dante. ¿Y que lo trae ahora? —preguntó Josefino, y a Dante le había parecido un contrasentido que un adivino se lo preguntara, aunque por gentileza, le mostró una foto de Emmita.

— Su hijita, claro. La está buscando, y quiere que nosotros lo ayudemos. ¿Cuántos años dice usted que tiene? Ah. Quince. Entonces, se ha escapado de la casa. No se preocupe porque vamos a ayudarlo... Por supuesto, lleve usted consigo el “Detente de los tres deseos” al que ahora vamos a potenciar para que le sirva de escudo contra los enemigos que va a encontrar en la ruta. El Detente hará que usted y su van se tornen invisibles cuando estén siendo buscados por los malandrines.

Mientras tanto, Josefino continuaba hablando y haciendo preguntas disimuladas que estimulaban su capacidad adivinatoria y que provocaban un asombro mayor en el cliente. Pero cuando llegó el momento de fijar el precio para venderle el amuleto prodigioso, el adivino observó los ojos de Dante y se contuvo. Tras de los ojos, se dibujó un hombre inocente al que vio viajando y

perdiéndose todo el tiempo, tragado por la distancia y por un mal destino. Era fácil adivinar que dentro de ese hombre ni siquiera había alma, sólo una obstinada esperanza.

— No, amigo Dante, no puedo engañarlo. No creo que usted se encuentre en condiciones de buscar a su hija. No creo que haya un amuleto en el mundo capaz de ayudarlo. Regrese tranquilo a su casa y quédese allí, y no se exponga más al peligro. Ya ha perdido todo.

Mañana, tarde y noche, preguntó sin obtener otra cosa que palmaditas en la espalda y vagos consejos para que aceptara la vida tal como se le presentaba. El martes, estacionó su vehículo junto al “Tapatío”, la tienda que ofrecía productos mexicanos y tarjetas telefónicas, y entró. La tienda era atendida por la señora Quintana, pero sólo estaba la menor de sus hijas. La niña lo miró y de nuevo volvió la vista hacia el televisor que ofrecía una novela. Dante se quitó el sombrero a modo de saludo, pero fue un gesto innecesario porque la telenovela tenía captada toda la atención de la vendedora.

Entonces, Dante prefirió esperar a que llegara la madre. Ella estaba enterada de todo lo que ocurría en el pueblo y, además, su hija mayor era compañera de escuela de Emmita.

Sobre el mostrador había varios adornos de cerámica probablemente de Oaxaca, y en medio de ellos, volaba la falda de una bailarina semidesnuda hecha de plástico, pero nada de eso estaba para la venta. En la pared, detrás de él, había varios estantes que ofrecían diversas yerbas y una enorme imagen de la Mano Poderosa.

— ¿Tendrás algo de beber?

— Lo que ve —respondió la chica sin que su fascinación por el televisor se rompiera.

Había unas botellas de refrescos Jarritos tamarindo y de jamaica. Dante escogió una de tamarindo y comenzó a buscar un abridor. En eso entró la dueña de la tienda quien se disculpó diciendo que solamente había salido un rato para comer en casa y amonestó a su hija por no atender a Dante.

— Estaba buscando el abridor —comenzó Dante, pero la señora Quintana decidió ahorrarle tantas vueltas.

— Quiere saber acerca de ella, ¿no es cierto?

— ¿Mande?

— Hija, apaga de una vez esa televisión y atiende a los clientes —dijo mientras pasaba a la trastienda.

— Usted, entre aquí.

Dante entró.

— Siéntese.

Se sentó.

— Se lo había dicho hace tiempo, pero claro, quizás usted no pudo hacer nada. Nada. Los padres somos un cero a la izquierda en este país. Y las madres valemos menos que eso todavía.

Dante no se lo dijo, pero no estaba de acuerdo con lo último. Pensaba que si hubiera estado viva Beatriz, la niña no se habría escapado. La señora Quintana le hablaba desde la puerta abierta y detrás de ella se percibía un crepúsculo violento. El sol se sumergía y volvía a salir en un cielo lejano más rojo que la sangre; quizás también, más negro.

— ¿Me está escuchando?

Dante Celestino asintió con la cabeza.

Allí se enteró del nombre del raptor. Era un tal Johnny Cabada, uno de esos jóvenes que se organizan en pandillas y ganan mucho dinero vendiendo drogas.

— Mi hija me contó que lo conocieron una noche cuando salieron de ensayar en el coro de la iglesia. “Qué bonita voz la que tienes. Yo creía que estaba cantando Selena”, dice que le dijo a Emmita, y que Emmita sonrió porque siempre ha querido ser una gran cantante.

Pero Dante no estaba allí para indagar esa clase de pormenores. Solamente quería saber dónde encontrar al tipo.

— Eso está más difícil. Lo que me dijo mi hija es que Johnny trabaja en Las Vegas, en un tal Montecarlo. Dice que les dijo que allí administraba sus negocios.

— ¿En Las Vegas? ¿En los casinos?

— Precisamente.

No preguntó más. Había tomado una decisión. No se despidió ni agradeció el dato. Tampoco destapó la botella de tamarindo.

Dante fue a ver a su patrón y le pidió permiso para ausentarse unos días. Regresó a su casa, y cuando llegó, ya era otro. Había desaparecido el inmigrante pobre y tímido, y en su lugar había un hombre dispuesto a recorrer el mundo para recuperar a su hija. Encontró al asno atado a un poste al lado de su casa y decidió buscarle un lugar en el patio. Pensó improvisar un toldo por si llovía, y mientras buscaba el toldo hablaba con él a sabiendas de que no le entendería, pero al menos lo escucharía sin interrumpirlo. Le dijo que le gustaba porque le parecía un buen chico y después se corrigió y le dijo un buen burro, y que le hubiera gustado tenerlo en casa, pero que se había enterado de que tenía dueños. Le hizo saber que lo llevaría al día siguiente a la estación de policía de Salem, y las orejas del animal se agitaron, pero Dante le pidió que no se preocupara y que confiara en él porque no permitiría que le ocurriera nada malo.

Después se fue a acostar, pero no conciliaba el sueño. Su vista estaba fija en la ventana por donde la Vía Láctea no terminaba de pasar y recordó que en medio de esa masa de estrellas vagan las almas de las madres. Pensó en la suya y también en Beatriz, y dirigió una sonrisa triste hacia el lugar del cielo por donde se suponía que estaban pasando.